

La temporalidad: técnicas expresivas

M^a Francisca Franco Carrilero, Universidad de Murcia

Factor inseparable de la lírica es, sin duda, la temporalidad: la lírica se asocia a lo esencial humano, y el hombre, el poeta, está inexorablemente sumergido en ese fatal devenir. El amor, el tiempo y la muerte son constantes en la poesía universal de todos los tiempos; sería ingenuo insistir en estos tópicos. No es menos evidente, sin embargo, que hay épocas, como nuestro agonizante siglo XX, en que todo avanza vertiginosamente, donde el tiempo alcanza una peculiar importancia, otorgada por el hombre. Y es el propio hombre el que imprime a sus actos una celeridad antes inusual; suprimidas las distancias espaciales, el tiempo sigue escapando a nuestro control. En la poesía española más cercana a la Guerra Civil, y sobre todo en la primera década de posguerra, el tema del tiempo adquiere una dimensión especialmente humana, alejada aún de ese vértigo que encontramos en obras poéticas más cercanas a la actualidad. Las reflexiones existenciales, religiosas o socio-políticas – por ejemplo, de Bousoño, Celaya o Hierro – se limitan a indagar sobre el sentido de la existencia humana o bien sobre la falta de sentido de ésta. Ofrecen respuestas religiosas a veces un tanto heterodoxas en algunos poemas de sus obras iniciales, que es el caso de Bousoño, o las ironías religiosas de un Celaya en su ‘No hay duda de que tengo un temperamento religioso’ y ‘obras son amores’, ironías muy reiteradas en su obra y en la de un Blas de Otero. Era, en cierto modo, lógico: había sido todo demasiado trágico, y hasta los más fervientes creyentes se preguntaban dónde estaba ese Dios que toleraba tanto odio y tanta desolación. Es por eso que la poesía va a adquirir tintes sociales o políticos: parecía la única salida solidaria. Sus defensores, a veces muy intolerantes con otras respuestas igualmente válidas, como lo eran la existencial, la religiosa o la realista, hablan de un tiempo y de un espacio real, ‘el más acá’, el aquí y ahora, la respuesta concreta: conmover para mover a la acción. En ese panorama, me parece especialmente significativa y clarificadora la evolución que experimenta el tan galardonado como – por lo general – poco entendido Carlos Bousoño a lo largo de su trayectoria poética.¹ Y en él nos centraremos.

Se suele afirmar sobre la obra bousoniana, generalizando en demasía, que tiene una primera etapa ‘sencilla’, ‘realista’ o ‘religiosa’ de poesía comprensible donde no utiliza aún la simbología, la superposición temporal o las técnicas de expresión irracional. Para ello se recurre a lo actualmente publicado de su obra: una selección de las cuatro colecciones iniciales, que resultan muy cercenadas, y la reproducción íntegra de las obras siguientes, las reiteradamente premiadas. No es lugar aquí de

desmontar tal tópico; baste al respecto el somero análisis de ‘Cristo en la tarde’, uno de los poemas de *Noche del sentido*, su tercera colección:²

‘Yo soy la luz’. Miraba hacia la tarde.
Un polvo gris caía tenue, lento.
Era la vida un soplo, un dulce engaño:
sombra, suspiro, sueño.

Ya su figura por los olivares
se iba desvaneciendo
en soledad. Ni un pájaro existía.
... La tarde iba cediendo.

‘Yo soy la luz’. Silencio. ‘Soy ... Oídme ...’
Espacio. Olivo. Cielo.

‘Yo soy la luz’. Su voz era un susurro.
El aire, *ceniciento*.

‘Yo soy ... yo soy ...’ La sombra le envolvía.
Cayó la noche. Se escuchaba el viento.

Independientemente del tema, Cristo que duda de sí mismo, aparecen términos claramente simbólicos como la noche, el gris y la sombra, y una muy cuidada gradación, una suavidad de cierre que va a caracterizar al poeta: transición de la tarde a la noche, de la vida a la muerte, de la luz a la oscuridad; de la fe a la duda, sería el simbolizado. Encontramos también, casi difuminado, un aire ceniciento, que simboliza evidentemente la futura muerte de ese Cristo. Pero se sitúa en un tiempo concreto, presente – tarde que va cediendo – que implica su correspondiente futuro. Este se superpone, y con ello se trae a primer plano el trágico futuro. Algo similar encontramos en los versos finales del fragmento inicial del ‘Romance del emplazado’ de Lorca, donde el gitano Amargo, de reiterada aparición en la obra lorquiana, está obsesionado con su futura muerte; se encuentra ‘echándose las cartas’, y exclama: ‘Mis ojos miran un norte/ de metales y peñascos/ donde mi cuerpo, sin venas,/ consulta naipes helados’. Anticipa, entonces, en un presente – consulta *ahora* – lo que va a suceder en el futuro. Si no narrase el romance García Lorca, tal vez pasaría desapercibida esa clarísima referencia al futuro desde el presente, esa superposición temporal del tipo futuro sobre presente. Parece que nuestro genial Federico, premonitoriamente, anticipase ese desolador panorama de nuestra más reciente y trágica historia; la misma función es la que desempeña ese adjetivo ‘ceniciento’ en el poema bousonianiano. Pero no dejan de ser ambas referencias a un tiempo trágico, futuro, pero no a la

dimensión temporal que caracteriza de un modo especial al último tercio del siglo XX: esa vertiginosidad que impregna todo lo que concierne al hombre, los grandes avances tecnológicos que evidencian, aun más si cabe, la perentoriedad del ser humano, su insuficiencia.

Así, no deja de ser paradójico que se corra más, infinitamente más, para llegar exacta, inexorablemente, al mismo lugar. Es por eso quizá que Bousoño, en una de sus últimas obras, al tratar de la creación poética y del paso del tiempo, entre muchos otros temas,³ utiliza magistralmente este recurso aludido:

Al poner **ahora** la mano sobre el papel, me doy cuenta
de que yo no soy sólo *ese hombre que medita y tacha*
acaso una palabra, y *la vuelve trabajosamente a escribir*,
sino **también el niño que ahora mismo**, en la norteña
tarde de agosto,
corre **pálidamente** por la pradera, hacia el río,
siempre hacia el río dulce el niño corre,
pálidamente, infatigable corre
veloz, por el mismo sendero, sin moverse, incansable,
hacia el mismo lugar que le espera.

Nos hallamos, clarísimamente, en una superposición de pasado (niño) sobre presente (hombre maduro). No le bastaba la simple yuxtaposición: tenía que evidenciar que el vértigo de la existencia es tal, que el pasado es presente y aun el presente futuro, como en el fragmento siguiente:

¿Qué es lo que veo **ahora**,
después, aunque hace mucho,
aunque hace mucho tiempo,
después, pero ahora mismo;
qué palidez se extiende y se extenúa por el rostro de aquel
que hacia septiembre camina **aún**
ensimismado, hacia una meta oscura?

Es, pues, el futuro el que ahora se superpone al presente: pasa todo tan de prisa que lo que imaginamos futuro es ya presente. El futuro no existe, se suele decir, para referirnos a esta paradoja del ser humano, sólo el presente. Hallamos también los típicos simbolizadores: palidez, extenúa, meta oscura, etcétera.

En cierta medida Vicente Aleixandre, en su *Historia del corazón* – libro pretendidamente escrito para ser entendido por todo lector, sencillo, comprensible – es el precursor de la idea, pero no llega a plasmarla. El maestro de Bousoño, como éste gusta de llamar a Aleixandre, alude en la citada obra a la gran paradoja humana que supone el hecho de que, en ocasiones, la vida se nos hace larga, interminable, como camino de espinas,

largo desierto que hay que recorrer o montaña que hay que ascender, pero que de pronto y sin darnos cuenta, ya la hemos vivido, la hemos ‘gastado’. Esta idea es precisamente la que preside la obra bousoniana *Las monedas contra la losa*, donde el tiempo, dada la proximidad de la vejez, se materializa en un astuto mercader o en un malhechor, que estuviese al acecho del paso de nuestros años, nuestras monedas, nuestro tesoro, para, rápidamente, hacerse con ellas, ‘robárnoslas’. Y que se perfila con las superposiciones temporales ya aludidas.

También el río, ese río heraclitiano, cuyo fluir es dulce, manso o suave, simbolizando que aún queda mucho tiempo por vivir – desde la niñez el paso del tiempo es dulce, apenas si se repara en ello – que aún se es joven.⁴ En este sentido cabría incluir la genial plasmación bousoniana de ese sentimiento, característico de la adolescencia, de perdurabilidad. La juventud, esa ‘ofensiva’ juventud como la llama en alguna ocasión Bousoño, piensa, necia, avestrucescamente que la muerte, el paso del tiempo, la vejez, no es asunto de ellos: ‘El joven no envejece jamás’ es el título de un poema bousoniano que resume la actitud aludida. Sin embargo, como hemos visto, progresivamente – realmente nos hace falta matizar muchísimo más – se va tornando amenazador: se convierte en mercader o ladrón y, sobre todo, fluye vertiginosamente.

Uno de los ejemplos más llamativos es el de su poema ‘Investigación de mi adentramiento en la edad’, en el que evidencia un uso magistral de los recursos de tipo irracional. Lo subtitula ‘Cuerpo viejo’. Y mediante imágenes visionarias, visiones simbólicas o desarrollos independientes del plano imaginario, trata de que el lector sienta la misma impresión, desagradable, aterradora, que experimenta él al levantarse una mañana y, tras mirarse al espejo, apenas reconocerse el rostro; se encuentra envejecido, con la piel ‘sobrante y como desocupada’. No nos habla de ese sentimiento sino de algo que ‘comienza, poco a poco a inflarse como un globo’ (peligro de que estalle),⁵ o de una actividad frenética, un frenesí de la multiplicación, unas máquinas en las que entran vertiginosamente cifras y que ‘se llenan de ceros, como si fuese un caso de alta prestidigitación’. Es decir, actividad frenética para nada. El crecimiento de esa piel – o incluso el de las uñas o la piel de los muertos, a lo que se alude en algún otro lugar – es una actividad absurda que, sobre todo, causa al hombre, al ser éste humano, dolor, y le pone de manifiesto su insuficiencia, su vejez, su precariedad:

Y todo crece, como un laberinto, complicándose en la
interminable planicie
desierta, que nunca termina
de hacerse, y prosigue, no obstante, monótonamente
extendiéndose informe, a medio estar, a medio caminar
por el extraviado dolor.

NOTAS

- ¹ Cabe citarse el reciente Príncipe de Asturias (1995), el Premio de la Crítica, el Premio Nacional de las Letras (1993), un Premio nacional por su obra de teórico literario *El irracionalismo poético*, otro por su libro *Metáfora del desafuero*, y algún otro. Remito al lector interesado a mi estudio *La expresión poética de Carlos Bousoño* (Murcia: Universidad, 1992).
- ² Sus obras tempranas son *Subida al amor* (1943) y *Primavera de la muerte* (1946); las siguieron *Noche del sentido* (1957) e *Invasión de la realidad* (1962). Actualmente sólo hay una *Selección de mis versos* (1980) hecha por el propio poeta, que cercena terriblemente estas primeras obras, eliminando poemas que, me permito aventurar, gustarían más al lector y darían una dimensión más exacta de la valía de su obra.
- ³ El poema, muy extenso, que adopta la falsa forma de un tratado científico o ensayo, ‘Desde todos los puntos y recodos y largas avenidas de mi existir’, introduce una visión perspectivística, evidentemente ‘irracional’. Parte, además, de una metáfora: vida humana = narración; es decir, cada ser humano ‘escribe’ su propia biografía (su vida) al ir la viviendo.
- ⁴ En su poema ‘Amada lejanía’, de *Las monedas contra la losa*, subtítulo ‘Juego de naipes’, el río dulce que fluye mansamente está simbolizando cómo, mientras perdemos el tiempo en reuniones, pasatiempos, juegos de cartas, sociedad, intrascendentes todos, ese mismo río, sin que nos percatemos, sigue fluyendo; es decir, ‘consumimos’ nuestro tiempo sin valorarlo, como si dispusiésemos, realmente, de ese tiempo para malgastar: véase *Las monedas contra la losa* (Madrid: Cátedra), p. 156.
- ⁵ Hay una imagen visionaria contenida en una serie de versos iniciales, que podemos resumir en ‘Todo se hincha (plano real) como un globo’. Como no hay semejanza lógica entre ambos planos, cabe únicamente atender a las ‘sensaciones’ experimentadas al leer la expresión y objetivarlas, en la medida de lo posible, en una emoción concreta que podría ser ‘peligro: algo se hincha desmesuradamente, al modo de un globo’; lo inmediato es *sentir* esa sensación de que puede, en cualquier momento, estallar.